

EL OCASO DEL NACIONALISMO NEOGRIEGO:  
REVISIONISMO IDEOLÓGICO EN LA GRECIA CONTEMPORÁNEA

[Γιώργος ΚΑΡΑΜΠΕΛΙΑΣ, 1922. *χιλιαεθνιακοσιαεικοσιδύο. Δοκίμιο για τη νεοελληνική ιδεολογία*, Αθήνα: Εναλλακτικές εκδόσεις [Αντιπαραθέσεις 18], 2002. 223 pp.]

En 1922. *Milnovecientosveintidos. Ensayo sobre la ideología griega moderna*, Yiorgos Karambeliás, izquierdista moderado y defensor de los valores e idiosincrasia propiamente griegos frente a la globalización, analiza la evolución del “helenismo” desde la Catástrofe de 1922 hasta nuestros días y cómo esa fecha marca la política griega en todos los campos. Para el autor, la derrota de 1922 y la Catástrofe supusieron un punto de inflexión en los tres mil años de historia de los griegos –el final de su influencia en el Mediterráneo, el Egeo y el Mar Negro– y abrieron una época en la que los por él denominados “griegos heladitas” (los griegos peninsulares, macedonios, arvanitas, valacos, minorasiáticos, pontios y cretenses unidos en una misma nación) buscaron su supervivencia como parte de otros grupos y culturas, quedando reducidos a un Estado-nación marginal (el griego peninsular) y a una prisión (Chipre) sin señas de identidad propias.

Karambeliás comienza analizando el proceso revisionista “antinacionalista” por el cual durante los últimos años la izquierda moderada griega, «convertida en una mezcla de izquierdismo de salón, liberalismo y realismo», ha intentado borrar toda traza de helenocentrismo, considerando todo lo griego como algo sospechoso. Otro tanto ha sucedido con los historiadores, que no aceptan la conciencia nacional griega sino como una construcción del Estado griego moderno. Esta «connivencia de la izquierda internacionalista con el capital multinacional» habría nacido en el marco de la globalización que viene forjándose desde el decenio 1980-90, como respuesta a la crisis económica de 1973, no en forma de cierre de fronteras, sino como fenómeno contrario que lleva a la disolución de las identidades nacionales. Las principales potencias imperialistas, con el neoliberalismo, han arrastrado

a los pequeños países económicamente más pobres, de base política izquierdista y con exigencias nacionalistas, hacia una globalización de izquierdas. En estos últimos, la política izquierdista ha preparado el campo para el “nuevo orden”, conservador y antinacionalista, que ha asumido los valores de la izquierda tradicional, metamorfoseados y utilizados ahora por las grandes potencias para el sometimiento no sólo del Tercer Mundo, sino del resto de países capitalistas según la lógica del capital globalizado. De este modo, la izquierda ha perdido su carácter de lucha y antiimperialista adoptando, entre otros, el desnacionalizador.

Paralelamente, el autor realiza un recorrido crítico desde la década de los '30, con las expectativas de la Generación de 1930 de crear unas nuevas bases para el helenismo surgido después de 1922, pasando por la sociedad griega de antes y después de la Guerra Civil, hasta analizar las condiciones políticosociales del período 1950-60, los movimientos estudiantiles y de trabajadores, los acontecimientos prometedores de julio de 1965, para desembocar en la Junta militar, el problema de Chipre y el cambio político posterior. Ese cambio político se encuentra con un país metamorfoseado durante la dictadura, que ha olvidado las expectativas de lucha radical y se ha tornado en individualista, consumista y competitivo, y en el que los trabajadores de los años '60, con sus ideales revolucionarios, se han convertido en asalariados altamente remunerados, clientes de locales nocturnos, y los pequeños propietarios que conformaban los segmentos más populares, en pequeños burgueses consumistas. Aunque tras la dictadura pareció haber nuevas esperanzas de regeneración, los acontecimientos de Chipre pusieron de manifiesto que el equilibrio de fuerzas nacido tras las dos guerras mundiales estaba cambiando. Posteriormente, el hundimiento de la Unión Soviética y la disolución de los Balcanes sitúa a Turquía como centro de poder privilegiado en la región, lo cual se consuma con la aceptación de su candidatura a la Unión Europea en la década de los '90 y se refrenda con la “amistad greco-turca”, algo que supone la aceptación voluntaria de una soberanía disminuida de Grecia en la zona. La explicación de esta imposibilidad de oposición y resistencia de la sociedad griega habría que buscarla en su falta de autonomía y su parasitismo de Occidente.

Por lo demás, la izquierda europeísta está inmovilizada e, incapaz de plantearse el dilema de volver a sus raíces o de proponer una revisión de los principios básicos de la estrategia centralista de Occidente, ha optado por la incorporación a Europa. Todo ello debido a la crisis mundial del pensamiento marxista, al agotamiento del movimiento del '68 y a la imposibilidad de captar y explicar la realidad griega en sus distintas facetas por parte del mar-

xismo. Si bien el pensamiento marxista de los '60 intentó adaptar el modelo europeo a las peculiaridades de Grecia inspirándose en el carácter resistente del pueblo griego (Revolución de 1921, Resistencia entre 1940-45), casando la Ilustración europea con su propia identidad, tras los acontecimientos de Chipre y la caída de la Unión Soviética todo cambia: el antiguo eurocentrismo y helenocentrismo, como elementos de resistencia contra el modelo soviético, darán paso a un abandono de toda referencia a la helenidad, en una imitación de lo occidental y una introducción, sin más, de la “modernización”. Ello ha supuesto que sea la llamada Nueva Ortodoxia la única corriente de confrontación con la hegemonía de Occidente y la que más insista en la idiosincrasia neohelénica, postulando como base del neohelenismo no la Antigüedad clásica, sino asociando la identidad griega actual con sus tradiciones más cercanas, la ortodoxia y las raíces bizantinas. Pero, incluso así, no ha sido posible.

Nunca antes, dice Karambeliás, ni la sociedad griega ha estado menos cohesionada ni sus instituciones tan corrompidas, habiéndose perdido los sueños de una sociedad más justa, todo ello en nombre de la “modernización”. En Grecia, la desaparición de la idiosincrasia cultural, de la referencia patriótica y de la tradición política induce mucho más al individualismo acérrimo y al cinismo que en Occidente, donde la “sociedad de ciudadanos” está más consolidada. Es decir, la occidentalización produce los efectos opuestos a los esperados. Por el contrario, la única modernización factible presupone un cambio de modelo económico, social y político en el que tenga cabida la topicidad en lugar de la globalización, el equilibrio entre consumo-producción y hombre-naturaleza, la solidaridad en lugar de la ganancia incontrolada, y la persona en lugar del individuo. Y esa será la única base posible para la supervivencia del helenismo.

Estos cambios sociopolíticos han traído aparejado un revisionismo de la Catástrofe de 1922; en definitiva, de la memoria histórica de Grecia. Hasta la década de los '60, la derecha había obstaculizado el reconocimiento de la Catástrofe de 1922 como el hecho más importante en la formación de la identidad neogriega más reciente (los refugiados, en origen venizelistas que se pasaron durante la Ocupación alemana a las filas de la EAM –Frente Nacional de Liberación–, constituían los adversarios de la derecha tradicional, formada por el campesinado), porque cargaban con cierta culpa de lo sucedido y porque tras la II Guerra Mundial, en la época de la “americanocracia”, el enemigo estaba en el norte, mientras que Turquía era “amiga y aliada”. Los refugiados, mayormente proletarios, eran sistemáticamente apartados del funcionariado y de la vida política, ocupados por la derecha tradicional. Pero la

misma política de ocultación del sentido de los acontecimientos del '22 era seguida por la izquierda. Incapaz de obviar la presencia de los refugiados en sus filas, la izquierda intentó desviar el concepto de “genocidio” en beneficio del de “catástrofe”. Se culpaba a los “extranjeros imperialistas” del aburguesamiento de la sociedad griega y minorasiática y de sus aventuras imperialistas. Los turcos, en cambio, llevaron a cabo una «guerra nacionalista de liberación». La culpa de la expulsión la tuvo, pues, el *Gran Ideal* griego. Los griegos y los turcos «son hermanos» y sus diferencias nacen de los intereses imperialistas.

Pero la posición de la izquierda no fue siempre ésta. Hasta 1912 la ideología de la izquierda griega se desarrolla paralelamente a la imperante ideología de la compleción de la nación y del *Gran Ideal*, y comprendía corrientes internas que reconocían la importancia de la cuestión nacional. Su carácter garibaldino de base reconocía como cuestión revolucionaria por excelencia la liberación de los pueblos subyugados por el Imperio Otomano, junto con la liberación social. Posteriormente, con la incorporación de Macedonia y Tesalónica al Estado griego, la ideología se transforma al entrar en contacto con el movimiento obrero búlgaro y con el movimiento multinacional –principalmente hebreo– de Tesalónica, que propugnaban una percepción de mantenimiento del tejido multiétnico del Imperio Otomano y, en especial, de Macedonia. La Federación de Tesalónica constituirá la principal base del recién formado KKE (Partido Comunista Griego). Así se dará forma a un movimiento que, en el clima antibelicista y antiimperialista posterior a la revolución bolchevique, confrontará la cuestión nacional y la social. El carácter multinacional del movimiento obrero griego, fuertemente influenciado por el bolchevismo y por la Federación, quedará marcado en cuanto a sus posicionamientos respecto de la cuestión de Asia Menor. La mayoría de los socialistas abogaban por una combinación de dimensiones sociales y nacionales, en un país que aún no había conseguido su compleción nacional.

Las cosas se complican tras las Guerras Balcánicas, cuando las reivindicaciones de liberación nacional se entretienen con los antagonismos de las grandes potencias. La revolución bolchevique y su alianza con el kemalismo turco darán la última vuelta de tuerca a la nueva orientación en el movimiento comunista, en el que las reivindicaciones originales de los socialistas pasarán a un segundo plano, a pesar de algunas voces disonantes en la extrema izquierda –como es el caso de Rosa Luxemburgo– respecto de la autodeterminación de las etnias cristianas en el proceso de disolución del Imperio Otomano y de la ayuda ilimitada que debían ofrecerles las izquierdas.

Es poco conocida la posibilidad de cambio de orientación de los bolcheviques, que enviaron en 1922 un comisionado a Y. Kordatos, secretario general del Partido Comunista Griego, anunciándole el cese de su apoyo, físico y moral, a Kemal, y su aceptación de la creación de una franja en Esmirna para la protección de los cristianos, cuya autonomía sería garantizada por un ejército internacional de suizos, suecos y noruegos, todo ello supeditado a que Grecia reconociera a la URSS, «aunque fuera *de facto*». Esto demostraría hasta qué punto las posturas bolcheviques dependían de consideraciones de relación de fuerzas y no únicamente de *principios*; sobre todo, del hecho de que la realidad etnológica de Asia Menor obligaba a todos a no pasarla por alto, frente a muchos comunistas griegos que seguían a pies juntillas la lógica del *centro de la revolución*.

Pero ¿cuáles fueron las causas que condujeron a los comunistas griegos a considerar la campaña de Asia Menor un acto imperialista? En Macedonia, Asia Menor y Tracia-Constantinopla la composición de la población era tan heterogénea, que hacía imposible la creación de ningún Estado monoétnico. En Macedonia y Tracia la población griega antes de 1912 era casi del 40% del total. En Asia Menor, según el censo de G. Skalieris (publicado en 1922), en 1915 la población griega, con 2'5 millones, era mayor que la de los turcos otomanos, 1'8 millones. Aparte, la población griega suponía el 40% de la población no otomana, compuesta por decenas de etnias, que eran unos 6 ó 6'5 millones. Incluso aceptando el censo más reducido de A. Kitromilidis, que calcula 1.500.000 griegos en las costas de Esmirna, Nicomedia, Adana y Constantinopla, la población cristiana, junto con los armenios después del genocidio, igualaba o sobrepasaba a la musulmana. En Esmirna y su comarca, entre 1910-1912, de 416.494 habitantes, 243.879 eran griegos ortodoxos (59%) y 96.250 eran turcos y musulmanes (23%). Aunque, en conjunto, la mezcla de poblaciones no permitía una clara y fácil diferenciación geográfica por etnias ni por religiones, ello imposibilitaba la adjudicación de las costas de Asia Menor a los turcos, como en la práctica hicieron los comunistas griegos, no sólo por razones históricas, sino también étnicas.

I. Dragumis y N. Suliotis habían propuesto la llamada “Confederación de Anatolia”, solución que evitaría enfrentamientos, intercambios de población, muertes y destierro, pero que demostró no ser factible debido a las profundas diferencias de toda índole entre los pueblos de Asia Menor, que impedían la convivencia sin fricciones. Por otra parte, el genocidio de los armenios y las expulsiones de griegos a partir de 1914-1915 habían puesto de manifiesto la falta de voluntad turca de compartir el poder con los que hasta entonces habían sido sus inferiores. La política de turquización del régimen de los Jóve-

nes Turcos y de desmantelamiento del sistema de los *millet*, que había garantizado los derechos de los no-musulmanes durante el gobierno otomano, no dejó otra opción a los griegos de Anatolia que sumarse al movimiento del *Gran Ideal*, esperando su liberación por parte del gobierno de Venizelos. Por ello la población griega minorasiática abogaba por la entrada de Grecia en la guerra del lado de Gran Bretaña y de Francia.

En vista del irremediable choque étnico, la única solución parecía la creación de distintos Estados en suelo anatolio: armenio, kurdo, turco y pontio, además de la cesión a Grecia de la franja de Esmirna y de Tracia Oriental, o, al menos, su autonomía. Los comunistas vieron en esta táctica una transgresión de la lógica del concepto de “liberación nacional”, y en la campaña griega en Anatolia un acto imperialista, algo que no se justifica en los hechos, según Karambeliás, ya que tenía como origen la búsqueda de una solución política justa. Por el contrario, durante todos estos años los comunistas han venido considerando la campaña de Kemal como una «lucha de liberación nacional», oscureciendo la verdad del genocidio histórico de la población griega, y a pesar de la solución aceptada en su momento por Rosa Luxemburgo e incluso por los propios bolcheviques. Las consecuencias de la supuesta lucha de liberación kemalista podemos analizarlas hoy: tras el genocidio de las etnias cristianas y la asimilación forzosa de la población musulmana en un proceso de turquización, se creó el actual Estado turco, guardián de los intereses imperialistas en la zona y fuente de inestabilidad continua debido a la desigualdad poblacional y geográfica en relación a sus vecinos.

El segundo elemento de esta posición de los comunistas griegos fue el alineamiento de Grecia con la *Entente*, frente a la alianza kemalista con la Unión Soviética, que fue la que realmente proclamó su lucha como de liberación nacional. Como tercer elemento, Karambeliás aduce la sobrevaloración marxista de los factores económicos frente a los políticos y, en definitiva, de la cuestión nacional frente a los enfrentamientos de clases. Para la izquierda comunista los griegos son los “imperialistas” de Oriente: la nación griega es una construcción histórica reciente surgida en la última fase de Bizancio que no ofrece continuidad alguna ni con el helenismo clásico ni con el bizantino. De ese modo se hace más fácil considerar las ideas sobre las que se basaba la reivindicación de los territorios históricos donde, durante miles de años, dice el autor, existieron y seguían existiendo griegos, como reivindicaciones “imperialistas”, y calificar a los kemalistas y Jóvenes Turcos como luchadores por la libertad de la nación en lugar de como verdugos de griegos y armenios. Esta lógica permite, además, considerar a los

hombres de negocios griegos de Asia Menor, mucho más pudientes que los otomanos, como “explotadores” de los turcos, olvidando que los griegos seguían siendo *rayades* y que los turcos mantenían el monopolio de la política y del ejército, y que, en el momento en el que comenzaron a perderlo, dieron paso a toda una serie de purgas. En una fase posterior, la izquierda dejó de confrontar lo popular con lo nacional: sólo su naturaleza popular y su compromiso con las luchas de las capas sociales más bajas, y la coincidencia en la dirección que tomaron tanto Grecia como la Unión Soviética durante la II Guerra Mundial, la obligaron al giro hacia lo nacional que vivió durante la Ocupación alemana. Entonces lo *popular* se convirtió obligatoriamente en *nacional* y los comunistas antinacionalistas se vieron obligados a convertirse en “patriotas”. El KKE pasó de ser un grupúsculo a un partido de masas y, en estas condiciones, miles de antiguos venizelistas, muchos de ellos refugiados, pasaron a engrosar sus filas. La línea combatiente, ligada a la tradición nacional-popular, fue la que prevaleció hasta la 1974.

En la fase de la globalización y de introducción de Grecia en mecanismos capitalistas supranacionales, la izquierda funcionó como escolta y vehículo ideológico de su aplicación, utilizando el arsenal ideológico del internacionalismo marxista y de la izquierda de entreguerras, pero despojada de su dimensión combatiente. Y el paroxismo del pseudonacionalismo de la derecha griega durante la Dictadura de los Coroneles, que condujo a la ocupación de Chipre por los turcos, ofreció la coartada para el abandono del fundamento nacional-liberador de la izquierda, volviendo (sobre todo la izquierda de la modernización) a su “pacifismo”, sin aportar ya el elemento de la lucha antiimperialista de Kemal ni de la lucha social, convertida ahora en una fuerza del *establishment*.

Sintomático de esto fue el debate abierto en 2001 sobre si los hechos de 1922 supusieron una “catástrofe” o un “genocidio” del helenismo de Asia Menor. El 24 de septiembre de 1998 el Parlamento votó por unanimidad la designación del 14 de septiembre como «día de memoria nacional del genocidio de los griegos de Asia Menor por el Estado turco», sobre una propuesta de ley de mayo de 1997. Dicha propuesta (coincidente con la decisión del Parlamento francés de reconocer el genocidio armenio, que produjo una fuerte reacción por parte turca) quedó sin efecto, porque el decreto presidencial firmado por el Ministro de Cultura el 9 de febrero de 2001 sufrió duras críticas de miembros del propio Gobierno socialista, tildándola de antihistórica y anticientífica, de oportunista, de que dañaba la imagen internacional de Grecia y de que entorpecía el paulatino acercamiento a Turquía durante los últimos tiempos. Se trataba, en definitiva, para los liberales, de la visión

de personas «que se mueven en un tiempo muerto, rehenes de un historicismo acrónico».

A esta intervención del Gobierno, llevado por obvias miras políticas, la izquierda aportará el aparato ideológico, negando la necesidad de semejante fecha y despojando a los sucesos de 1922 de la crucial importancia en la historia reciente de Grecia, para insistir de nuevo en el carácter conquistador, y no liberador, de la empresa griega, en la que existieron, por ambas partes y más allá de las intervenciones propiamente bélicas, transgresiones y actos salvajes contra la población civil. Se culpaba, así, de lo sucedido, una vez más, al *Gran Ideal* griego, sin siquiera plantear la responsabilidad turca en las matanzas que precedieron a la intervención griega ni, obviamente, en las que siguieron. Se echaban, además, al olvido las atrocidades que los turcos cometieron contra la población cristiana entre los años 1908-1918 (como los *bataillones de trabajo* y de exterminio). Quedaba clara la exégesis revisionista que la izquierda hacía de la Catástrofe: una catástrofe que los propios griegos gestaron y no un hecho sangriento más en la historia de largas confrontaciones con la ocupación turca, oscureciendo de este modo la dimensión trágica de un hecho que supuso el epílogo de tres mil años de historia griega en suelo anatolio. El historiador L. Kalivretakis, negador del genocidio, calcula en 450.000 los muertos griegos. De ellos, unos 50.000 serían soldados, y 400.000, civiles, un 23% del 1.800.000, según sus propios (y arbitrarios, según Karambeliás) cálculos. El autor se pregunta si, aun así, serían cifras propias, o no, de un genocidio.

Contra esto, Karambeliás argumenta que la Catástrofe de 1922 no es un hecho histórico simple que recordar en un día determinado, sino que se trata de un acontecimiento que marca la realidad griega actual en su conjunto, que se continúa en Chipre y en el Egeo, que amenaza Tracia y las islas, que determina las orientaciones tanto de la política interna como externa de Grecia, y condiciona el futuro del país. Con la política del miedo y la amenaza, interiorizadas por Grecia, Turquía consigue el cambio deseado en el país, bajo una política expansionista. Únicamente ese historicismo acrónico, es decir, la conciencia de que 1922 continúa presente, podrá seguir despertando el carácter resistente de Grecia.

El oscurecimiento durante ochenta años del desastre de 1922 ha supuesto el eje del torcido desarrollo ideológico de la izquierda griega en cuanto a la cuestión nacional en general: la Catástrofe de Asia Menor fue la consecuencia del *Gran Ideal*, de la incursión “imperialista” del ejército griego en Anatolia, contra el que Kemal reaccionó con una campaña de liberación nacional. Esta visión es la imperante hoy día entre las élites dirigentes, en la Universidad



y en la Enseñanza Secundaria. De este modo se silencia el hecho de que las persecuciones de las poblaciones cristianas precedieron, con mucho, a la campaña griega, y que los desplazamientos en masa de dicha población en 1915, que supusieron unas 500.000 personas, se encuadran en el mismo diseño a largo plazo que el genocidio armenio.

El primer enfrentamiento entre el Comité de Unión y Progreso turco y los dirigentes griegos otomanos se produjo durante las primeras elecciones parlamentarias (noviembre-diciembre de 1908). El clima general de sospecha del *millet* griego sobre las verdaderas intenciones de la revolución de los Jóvenes Turcos produjo una gran manifestación en octubre de 1908 en Constantinopla, lo que condujo al bloqueo comercial y al boicot general de los comerciantes y empresarios griegos por parte turca impuesto a partir de junio de 1909. Ello se agravó en 1913, cuando el triunvirato del Comité de Unión y Progreso, Envert, Talat y Cemal, llegó a purgar tanto la maquinaria estatal como la militar, sobre todo después de las Guerras Balcánicas. Pero la situación de los griegos en el Imperio Otomano se hizo extrema tras la proclamación de la I Guerra Mundial (julio de 1914), y la ola de persecuciones antigriega culminó con la creación de los batallones de trabajo (y de exterminio), a los que fueron enviados los súbditos cristianos del Sultán. Entre 1913 y 1918, unos 130.000 griegos otomanos encontraron refugio en la Macedonia griega, 70.000 en las islas del Egeo y 30.000 en el norte de Grecia, y otros 50.000 fueron desplazados forzosamente hacia el interior de Anatolia. El sociólogo A. Palis calcula la cifra total de muertos en unos 920.000 entre 1914 y 1922, mientras que A. Alexandrís y P. Kitromilidis calculan en unas 700.000 las pérdidas humanas de la Catástrofe. La dimensión de tal matanza parece excluir como única razón la barbarie de la guerra y sólo puede explicarse por un intento de aniquilamiento sistemático, organizado y generalizado.

La disolución del Imperio Otomano y la creación de nuevos Estados nacionales, incluídos el turco y el kurdo, era la única solución para la supervivencia de los distintos pueblos y nacionalidades, y en este marco se encuadraba la campaña de Asia Menor del ejército griego. A pesar de los terribles errores de distinto tipo que se cometieron, las reivindicaciones griegas se mantenían dentro de los parámetros de liberación nacional, y estaban centradas en Esmirna y Tracia Oriental. Así, la teoría sobre el ataque imperialista griego y el carácter de liberación nacional de la reacción turca constituyen una enorme falsedad histórica. Por el contrario, el éxito de esta supuesta lucha “de liberación nacional” permitió a una “minoría” de la población de Asia Menor, los turcos otomanos, sojuzgar a las poblaciones cristianas e in-

corporar “por la fuerza” a las poblaciones musulmanas dentro de «una nueva identidad turca impuesta desde arriba». Únicamente en esta interpretación desfigurada de la Catástrofe podía cimentarse el «carácter imperialista del Estado griego», reivindicarse la “autonomía” de Macedonia, condenarse como “nacionalista” la petición de unión de Chipre con Grecia después de 1964 y justificarse la invasión turca de 1974, y reconocerse el derecho de los eslavomacedonios a autodenominarse «macedonios, descendientes de Alejandro Magno».

Sólo así se entiende la alarma que produjo en la izquierda “antinacionalista” griega la cuestión del reconocimiento del genocidio, porque entonces el término “Catástrofe” dejaría de significar «producto del *Gran Ideal* griego» y subrayaría como causa el genocidio y la purga que llevó a cabo el kemalismo, lo cual echaría por tierra las ideaciones de los intelectuales del *establishment* sobre el “nacionalismo de Grecia”. Las consecuencias ideológicas de esa evolución no pasaron desapercibidas ni a los turcos ni a los aliados occidentales, que ejercieron una presión coordinada para la retirada de la propuesta de ley del Parlamento, reinstaurando así la amenazada hegemonía ideológica de los intelectuales del régimen salido del último cambio político de aquel momento.

M. GONZÁLEZ RINCÓN